

YO TE AVISO

... Por un instante se me paralizó el corazón y un rayo frío me recorrió la espalda erizándome la piel.

Busco aceleradamente en mi cerebro las palabras justas para decirle a mi hijo quien, del otro lado del teléfono ha dado una respuesta tan práctica y decidida a mi pregunta. ¿Cómo darle todas las recomendaciones que se amontonan en mis labios sin infundirle miedo?

Si me dejara llevar por el instinto protector que como madre tengo siempre alerta y que ahora me tensa hasta el último músculo, cedería a la tentación y le diría : “quedáte en casa” o “esperáme que yo te llevo”. Pero allí está la razón. Conteniéndome. Repitiéndome una y otra vez que mis hijos no son míos, que no me pertenecen. Son un bien precioso que me dio la vida en custodia y a quienes de esa arcilla tan maleable que son hoy. en hombres de carácter y seguros de sí mismos tengo que transformar.

“*Son míos*” dicen mi corazón, mi carne, y todo mi ser. “*No son tuyos*”, me dice la razón, y cada vez más a menudo me lo confirman ellos a medida que van creciendo y madurando. Y en medio de esa lucha entre el instinto y la razón está mi inmenso amor. Mi amor que lucha por sacar de ellos seres íntegros ante cualquiera sea la circunstancia que les toque vivir. Mi amor que quiere enseñarles

a ser libres, con esa clase de libertad que tiene como presupuesto la responsabilidad; y por sobre todo quiere mi amor que sean capaces de ser felices.

Salvador tiene once años. Es mi hijo menor. Escuchándolo en este momento lo imagino pronto para salir rumbo a su clase de tenis: la mochila colgada a la espalda, short blanco, championes azules, medias caídas, (¿combinará la remera con el resto?), la gorra roja que lleva puesta sea cual sea el día y la hora y que por alguna extraña razón siempre usa con la visera hacia un costado dejando así ver las pecas de la nariz que el tanto aborrece y que yo adoro. ¿Qué ganas de abrazarlo! Hoy más que nunca quiero protegerlo.

El martes, cuando llegué a casa creí que no lo iba a encontrar. Pero estaba allí, en su cuarto, en su cama, acostado boca abajo y, como siempre, con la gorra roja puesta. Tenía una expresión en su carita que nunca le había visto; ¿qué era? : ¿humillación?, ¿miedo? ¿rabia? A una personita de su edad no le corresponde tener esa expresión , ¿qué la había causado? ¿qué había acontecido mientras yo no estaba que lo había hecho crecer? ¿Qué había borrado la perenne sonrisa que le brilla en sus ojos?

Dos veces por semana Salvador tiene clase de tenis.. Esos días son para él como una fiesta. Llega del colegio, se saca el uniforme, corriendo se pone el equipo y de un salto se trepa a su bicicleta para muy feliz pedalear rumbo al Carrasco Lawn Tennis. Claro está que previo a todo esto tiene que escuchar por teléfono mi cháchara de madre machacona dándole siempre las mismas indicaciones. Hasta el martes pasado pensaba yo que el cruce de Santa Mónica y Avenida Italia era el

mayor riesgo que corrían mis hijos en el camino que va desde casa al Lawn. ¡Qué equivocada estaba!

El martes pasado, tres cuadras después de haber cruzado ese semáforo que me escatima tranquilidad, Salvador se vio enfrentado al mayor de los peligros: el ataque de aquel que no tiene nada que perder y que para quien la vida no vale y agazapado espera para intimidar a quien si la precia.

Con la carita tan encendida de rabia que hacía resaltar sus pecas y lágrimas gordas rodándole por las mejillas me había contado:

-“Iba en la bici. Sentí que me tironeaban la remera y me caí para atrás. Mientras estaba en el suelo un loquito me dijo que le diera la bicicleta y el reloj o me clavaba una navaja que tenía en la mano. Me miró los championes y no le gustaron, dijo que eran pichis y los de él estaban sucios y rotos!!! Por suerte no me sacó la gorra. Tarado!!!! Si lo veo, lo reviento!!!”

Tuve que recurrir hasta la última gota de mi disciplina para no dejar crecer en mi pecho ese sentimiento tan nocivo y que tanto daño hace a quien lo guarda dentro de sí: el odio. Pero, como siempre le pasa al odio, lo mató el amor. Tratando de arrancarle una sonrisa lo abracé y le dije: - “Lo importante es que no te lastimaron. Yo te presto mi bici.. Falta muy poco para tu cumple. Con papá vamos a elegir un lindo reloj para regalarte; acordáte que el tuyo atrasaba diez minutos, quien te lo sacó va a llegar tarde a todos lados.” Y mientras así le decía era conciente que desde ese momento, cada vez que alguno de mis hijos saliera de casa y hasta que estuviera de vuelta las horas para mí iban a durar mucho más que sesenta minutos.

Hoy, como todos los días, cuando estimo que ya llegaron del colegio, desde la oficina los llamo para saber como les fue. Hablo con cada uno de ellos. Llega el turno de Salvador y le pregunto: "Salvi, ¿tú que vas a hacer?" Su respuesta me toma desprevenida y entonces por un instante se me paralizó el corazón y un rayo frío me recorrió la espalda erizándome la piel:

-“Voy a clase de tenis mamá!!!, ¿no te acordás que hoy me toca? Llevo los mismos champions del otro día; como al tarado no le gustaron, no me los va a sacar. Reloj, no tengo. Por las dudas, dejo la gorra roja en casa y me pongo otra. Si me roban cerca de casa, vuelvo a casa. Si me roban cerca del Lawn, esta vez sí voy a clase de tenis. YO TE AVISO.